



Cómo la Madre de Dios nos muestra el camino hacia una fe sin miedo

Vivimos en una era obsesionada con la autonomía, donde las mareas cambiantes de la opinión popular dictan el discurso moral donde la verdadera soberanía se siente efímera. Toda voz exige un podio, toda ideología pugna por la supremacía. Y, sin embargo, en medio de este tumulto incesante, la Iglesia permanece inmóvil y habla de un Reino, una realidad que no está sujeta a los caprichos de los ciclos electorales ni a la efímera influencia de la opinión popular. Un Reino, no una república. Un trono, no un congreso. Un Rey, entronizado en la gloria eterna, y a su lado, la Reina Madre.

Para los oídos modernos, la monarquía suena pintoresca en el mejor de los casos y opresiva en el peor, una reliquia del pasado que es mejor dejar en los libros de historia. Y, sin embargo, el cristianismo siempre ha insistido en que Dios reina con soberanía absoluta y en el corazón mismo de ese reino se encuentra María, a quien las naciones han coronado como su reina, su protectora, su madre.

Quizás el icono más antiguo que se conserva de la Madre y el Niño, Monasterio de Santa Catalina, Sinaí (Egipto), alrededor del año 600.

¿Por qué tanta devoción hacia una mujer de un pueblo anodino, ubicado en los polvorientos rincones del Imperio Romano? Porque posee una

cualidad que contrarresta el impulso de autodeterminación y el afán de control: **la magnanimidad**. Es decir, la grandeza del alma que se entrega por completo a la voluntad de Dios. Y en esto, revela la forma más convincente de evangelización, no en la polémica ni la estrategia, sino en la generosidad de un corazón entregado por completo.

Definición de magnanimidad

La magnanimidad no es solo generosidad; es grandeza de alma, un vasto espacio interior que puede albergar los propósitos de Dios sin acobardarse por el miedo ni aferrarse al control. Es lo opuesto al espíritu pequeño y egoísta que retrocede a costa del discipulado. La verdadera magnanimidad no flaquea ante el sufrimiento ni atesora sus propios dones. Es expansiva, abierta al exterior, luminosa.

El mundo está fascinado por el tamaño, los numerosos seguidores, los altos cargos y la inmensa riqueza. Pero la verdadera magnanimidad es más silenciosa, sutil y mucho más duradera. Se observa en quienes se entregan generosamente, no por obligación, sino por la firme convicción de pertenecer a algo mucho más grande que ellos mismos.

En la Anunciación, el ángel **Gabriel** no negoció términos. Declaró lo inconcebible: María dará a luz al Hijo del Altísimo. ¿Y su respuesta? Ninguna exigencia de detalles, ningún intento de autopreservación. Simplemente: « **Fiat mihi secundum verbum tuum** ». (Hágase en mí según tu palabra) ([Lucas 1:38](#)).

Es fácil idealizar este momento, reduciéndolo a un sereno retrato de docilidad. Pero la realidad es impactante. Una mujer comprometida pero soltera, en una sociedad donde tal condición podría significar vergüenza pública, o peor aún, pronuncia un sí que trastoca la historia. Encomienda su cuerpo, su reputación, su propia vida a la sombra del Espíritu Santo.

Esto no es pasividad. Es un acto de audacia impresionante, una audacia que no se basa en la seguridad en sí misma, sino en el abandono total a Dios. Y en esto, ella modela la forma más auténtica de evangelización: no una discusión ganada, sino una vida entregada.

¿Y qué hace María con esta divina sombra? Se mueve. Con prisa, se dispone a visitar a **Isabel**, llevando en su interior al Verbo hecho carne. La Visitación es la evangelización en miniatura: una persona, transformada por Dios, trae su presencia a la vida de otra. ¿Y el resultado? Un niño, **Juan Bautista**, salta en el vientre materno, una madre exclama con alegría profética, y María, rebosante de la grandeza de alma que solo proviene de estar llena de Dios, proclama el Magnificat.

Esto es lo que hace la magnanimidad: se expande, buscando no acaparar, sino compartir. No se aferra al don en un angustioso secreto; lo transmite, dejando que la presencia de Cristo irradie en cada encuentro. Es evangelización no como argumento, sino como presencia.

Más importante aún, ilustra un principio fundamental: nunca competimos con Dios. De hecho, al dejar espacio al Espíritu Santo en nuestras vidas, nuestra voluntad no se ve disminuida, sino fortalecida. La zarza ardiente no se consumió, y María tampoco permaneció como un simple recipiente para el nacimiento de Dios. Al contrario, creció gracias a la experiencia e incluso pudo, sin ambages, pedirle a Jesús que la ayudara en las bodas de Caná. Aun cuando le pide ayuda a Jesús, escucha a su hijo, sin competir ni ofenderse por la manera en que Dios obraba.

Ni pusilanimidad ni tumidanimidad

Nuestra cultura a menudo nos enseña a acapararnos, pero de diferentes maneras. Lo percibimos en las disputas entre facciones y en la constante conservación de la identidad personal, cada una alimentando un espíritu de autoconservación en lugar de la entrega. Incluso en la Iglesia, lo encontramos: disputas sobre las formas litúrgicas, guerras territoriales por los apostolados, la necesidad reflexiva de defenderse de cualquier desaire percibido. Esto encoge el corazón en algo estrecho y reservado, incapaz de arriesgar o confiar, un espíritu demasiado pequeño para recibir lo que Dios está derramando. Esta postura de corazón pequeño es lo que los teólogos llaman *pusilanimidad* : lo opuesto a la grandeza del alma de la magnanimidad. La pusilanimidad es el alma de puño cerrado, temerosa y cínica que se aferra a nuestras nociones de quién es Dios o cómo deberían ser las cosas. El llamado de Cristo es diametralmente diferente. El Evangelio nunca se trata de acaparar la gracia y [los talentos](#) ; siempre se trata de gastarlos. Nos llama a una grandeza de espíritu que confía lo suficiente en Dios como para entregarnos a los demás.

En esa condición, *elatio animi*, o lo que podríamos llamar **“tumidanimidad”** (un alma hinchada y desmedida), produce una sobreextensión imprudente que se aferra a la grandeza sin humildad. Todo parece posible y *nada*. Se exige un “sí” sin límites que no forma ni profundiza relaciones sino que simplemente dispersa al yo.

Hoy en día existe otra enfermedad, caracterizada por una autodisciplina que me somete por completo a los caprichos del mundo digital. Si la *pusilanimidad* es la exigencia de tener más voz y voto en la vida y dictar cómo funciona la Iglesia, e incluso el mundo que me rodea, me gustaría introducir un nuevo término para describir una

visión de los humanos como figuras públicas que representan sus perfiles. En lugar de un alma pequeña que exige autonomía, esta persona se vuelve completamente sujeta a la visión de los gustos e influencias de los demás. En esa condición, *elatio animi*, o lo que podríamos llamar **“tumidanimidad”** (un alma hinchada y desmedida), produce una sobreextensión imprudente que se aferra a la grandeza sin humildad. Todo parece posible y *nada*. Se exige un “sí” sin límites que no forma ni profundiza relaciones, sino que simplemente dispersa al yo.

Ambos ejemplos demuestran cómo la democracia nos convierte en monstruos. ¿Deberíamos tener voz y voto sobre el Reino de los Cielos? Solo la que dicta nuestra posición social. ¿O deberíamos responder a la opinión popular del mundo que nos rodea, preocupados por la reputación y la retroalimentación? Aquí corremos el riesgo de perder de vista la característica esencial de que Jesús es el Señor de nuestras vidas.

Esta idea resuena con **la visión de Platón del alma humana**. En su famosa analogía, el alma se asemeja a un carro tirado por dos caballos: uno representa los apetitos más bajos (*eros*), el otro el impulso vital (*thymos*), y el auriga es *el logos*, o la razón. *Eros* representa nuestras necesidades más fundamentales: alimento, refugio, deseo sexual, esos impulsos que compartimos con los animales. *Thymos* busca honor, respeto y prestigio. Ambos caballos pueden desviar el carro si el auriga, nuestra facultad de la razón, no los guía adecuadamente.

Es el término *thymos*, ampliamente ausente de nuestro vocabulario, que centra **la magnanimidad** como un ideal entre los extremos del comportamiento. El único lugar donde podemos ver restos de esa palabra hoy en día es en las discusiones sobre el trastorno bipolar. En el estado depresivo, un individuo puede aislarse tan profundamente que incluso levantarse de la cama parece imposible. De hecho, la depresión conlleva rumia y temores perseverantes de inadecuación; eso es la pusilanimidad en grande, un alma volcada en sí misma, incapaz de abrirse a Dios o al prójimo. Pero el otro extremo, la manía, se manifiesta como grandiosidad, impulsividad y una falta de arraigo que podemos considerar tumidanimidad. Sin embargo, entre estos polos se encuentra un tercer estado: **la eutimia** o literalmente buen *thymos*. En términos psiquiátricos, esto se refiere a una línea de base estable, el centro equilibrado en el que una persona no es consumida por el retraimiento ansioso ni impulsada por un sentido grandioso de sí misma.

Si bien la eutimia puede entenderse en un contexto clínico, en particular para personas con trastorno bipolar, es un paralelo

espiritual a *la magnanimidad* que puede servir como antídoto contra los propios extremos del alma. Las Escrituras y [la tradición](#) suelen hablar de las tentaciones hacia la desesperación, por un lado, y el orgullo, por otro. Estas son variantes espirituales de las mismas polaridades que los psiquiatras observan en los trastornos del estado de ánimo. El alma puede volverse "depresiva", encerrándose en sí misma en una especie de vergüenza o desesperanza, que es donde nace el deseo de cierto control; o puede volverse "maníaca", precipitándose hacia la autoimportancia, buscando ser el centro de atención y entregándose a un ídolo. Ambos extremos nos alejan de un estado de equilibrio saludable, centrado en Dios.

La tradición cristiana aconseja que nuestra mayor grandeza —lo que entendemos como *magnanimidad*— surge de un equilibrio equilibrado, guiado por la razón y la sabiduría divinas. Esto no es timidez, sino un sano sentido de la propia vocación y dignidad. No se trata [de ocultar ni acaparar los propios dones](#) ni de exaltarse indebidamente por causas equivocadas, sino de ofrecer todas nuestras capacidades a Dios para sus propósitos.

Podríamos llamar a este equilibrio espiritual que brinda la magnanimidad "**eutimia espiritual**". Es una confianza firme que nace de la confianza en Dios, serena, abierta y expansiva, pero nunca frenética ni autopromocional. Cuando una persona descansa en este estado, compartir la Buena Nueva fluye con naturalidad. No hay aferramiento ansioso ni afán teatral de impresionar. En cambio, uno habla y actúa desde un lugar de gratitud y fe, y, sin embargo, surge una audacia imponente al descansar cómodamente en la verdad. En un alma así, el orgullo ya no reina; en cambio, hay una profunda aceptación de que todo lo bueno proviene del Señor.

Autonomía, heteronomía o teonomía

Quiero enfatizar que esta comparación no disminuye en absoluto la gravedad del trastorno bipolar como condición médica, ni implica una falta moral o espiritual para quienes lo padecen. Para las personas con trastorno bipolar, [el litio suele ser el medicamento más eficaz para ayudarles a alcanzar un estado eutímico](#). A nivel puramente físico y psicológico, el litio proporciona un efecto estabilizador que puede prevenir cambios bruscos en la manía o caídas profundas en la depresión. Es un salvavidas para muchos, permitiéndoles vivir vidas más equilibradas e integradas.

Cuando se trata del equilibrio espiritual, contamos con un recurso aún más profundo: el **Espíritu Santo**. Más importante aún, una feliz entrega al Espíritu Santo puede abordar la dimensión espiritual de nuestra vida interior. Él es el Consolador, quien nos brinda

sabiduría, valentía y autocontrol, dones que nos predisponen a la eutimia espiritual.

Si rechazamos cualquier forma de rendición, actuamos autónomamente como almas autogobernadas o pusilánimes. Postulamos una visión estancada del bien que no responde a un mundo cambiante y dinámico. Esto sería aún mejor que una visión heterónoma en la visión del gobierno ajeno o una vida tumidánime. Aquí corremos el riesgo de extendernos demasiado y no mantener nada constante mientras los sentimientos de los demás fluctúen.

Más bien, es la entrega a la fuente correcta lo que nos lleva a considerar [la teonomía](#) o el gobierno de Dios sobre nuestras vidas. Esto contradice nuestros instintos democráticos (léase: populistas) más profundos y nuestra tendencia a considerarnos votantes o políticos. Sin embargo, escuchar y entregarse a una autoridad superior es el hilo conductor central del Nuevo Testamento.

En [Mateo 10:19-20](#) , Jesús exhorta a sus seguidores a no preocuparse por lo que dirán cuando estén bajo persecución: “Cuando los entreguen, no se preocupen por cómo van a hablar o qué van a decir; porque en aquella hora se les dará lo que van a decir; pues no son ustedes los que hablan, sino el Espíritu de su Padre que habla a través de ustedes”. Este es un poderoso recordatorio de que el Espíritu Santo trabaja dentro de nosotros precisamente cuando no estamos envanecidos por nuestra propia agenda o paralizados por el miedo.

San Pablo lo reitera en [1 Corintios 2:4-5](#) : «Y mi palabra y mi mensaje no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no estuviera fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios». Confiando en el Espíritu, la evangelización de Pablo no fue una elocuencia grandilocuente ni un tímido susurro. Fue el fruto de un corazón firme que sabía que su dependencia última residía solo en Dios.

El ejemplo bíblico más impactante de entrega espiritual es el de **María**, particularmente en el relato de las bodas de Caná. Como se relata en [Juan 2:3-5](#) , cuando se acabó el vino, María le planteó su preocupación a Jesús con serenidad: «No tienen vino». Su Hijo le respondió: «Oh mujer, ¿qué tienes que ver conmigo? Mi hora aún no ha llegado». Sin inmutarse, María se dirigió a los sirvientes y les dijo: **«Hagan lo que él les diga»**. No discutió, ni se alteró, ni se dejó llevar por el pánico. No se desesperó de que él no la escuchara. Simplemente confió y habló con serena autoridad: **«Hagan lo que él les diga»**.

Esta confianza pausada personifica **la magnanimidad** . Ella da un paso

al frente para ayudar a los invitados a evitar la vergüenza, pero su acción está libre de presunción. No se inquieta ni se jacta; confía el problema a Jesús y dirige a los demás a prestarle atención. En ese momento, María nos muestra un alma que no es ansiosa ni frenética, ni tímida ni inflada. No exige protagonismo ni menosprecia su papel en el plan de Dios. Su humilde intercesión conduce al primer milagro público de Jesús: la transformación del agua en vino. Cuando descansamos en la eutimia espiritual, abrimos un espacio para que se manifieste lo milagroso.

De hecho, con esta acción no buscó controlar a Dios ni se sometió por completo a la opinión de los invitados. Más bien, nos ofrece una visión de cómo podría ser en última instancia la vida en el Reino de los Cielos: una majestad regia irreconocible para un pueblo democrático. Esta es la mejor manera de imaginar a María como Reina del Cielo y la razón por la que [Santo Tomás de Aquino](#) la consideraba el «noble lugar de descanso de toda la Trinidad».

Pero si nos preocupa que los santos de hace milenios sean inaccesibles, tenemos ventanas contemporáneas a la posibilidad de la magnanimidad. Una monja humilde y poco conocida en ese momento, incluso por sus hermanas, la "Pequeña Flor", **Santa Teresita de Lisieux**, fue anunciada como una de las santas más famosas menos de un siglo después de su muerte. Esto se debe a que todos sus escritos y teología encapsulan hermosamente esta actitud de confianza equilibrada. En su autobiografía, *Historia de un alma*, escribe: "**Jesús no exige grandes acciones de nosotros, sino simplemente entrega y gratitud**". Esta es la magnanimidad despojada de toda pretensión: el reconocimiento de que la verdadera grandeza consiste en dejar que Dios sea grande dentro de nosotros. Nuestro papel no es reunir esfuerzos sobrehumanos o proclamar nuestra superioridad, sino entregarnos en la fe y agradecer a Dios por sus bendiciones.

Santa Teresita también señala que no debemos ocultar lo que Dios ha hecho por nosotros ni exagerar nuestra propia autoestima. Escribe: «Si una pequeña flor pudiera hablar, diría con sencillez lo que Dios ha hecho por ella y no intentaría ocultar sus bendiciones. No fingiría ser humilde diciendo que es fea y sin fragancia, cuando sabe lo contrario». Aquí vemos de nuevo la distinción entre la verdadera humildad y la falsa humildad que niega el bien que Dios ha depositado en nosotros. El cristiano está invitado a reconocer los dones y las virtudes, no como trofeos personales, sino como bendiciones divinas destinadas a ser compartidas con los demás en un espíritu de amor.

La evangelización a través de la magnanimidad

El mundo actual, saturado de redes sociales, suele premiar las

opiniones extremas y el dramatismo. Vemos lo fácil que es dejarse llevar por debates que buscan más "apoderarse" de la otra parte que buscar la verdad. De hecho, los estudios sugieren que estos encuentros combativos rara vez convencen a oponentes atrincherados; más a menudo, refuerzan las divisiones existentes.

En la vida de la Iglesia, la evangelización no debe consistir en retórica ostentosa ni en humillar a un rival. Como señaló San Pablo, el poder proviene del Espíritu, no de una exhibición de astucia humana. **La verdadera evangelización fluye de una eutimia magnánima**, una confianza serena en que Dios obrará a través de nosotros si permanecemos fieles. Esto no significa que evitemos un diálogo sólido ni un compromiso serio con la cultura. Pero sí significa que nuestro objetivo es dar testimonio de la verdad y el amor de Cristo, no alcanzar la emoción de la victoria sobre otro.

Cuando actuamos desde esta postura, nuestras palabras poseen una autenticidad que ninguna simple "táctica de debate" puede replicar. Quienes nos escuchan perciben que no estamos compitiendo por una posición ni engreyéndonos, sino compartiendo un mensaje de amor que ya ha transformado nuestros corazones. Nos convertimos, en efecto, en signos vivos del Reino: personas que encarnan un centro estable en un mundo tumultuoso. No buscamos grandezas efímeras ni nos acobardamos ante los desafíos que se nos presentan; más bien, damos testimonio de una realidad que nos supera.

Nuestro entorno moderno está saturado de opiniones, etiquetas y tendencias cambiantes que parecen cambiar a cada minuto. La declaración de la Iglesia de que Cristo es Rey de todos puede parecer completamente desfasada del flujo del consenso popular. Sin embargo, este es precisamente el punto: un centro estable debe ser lo suficientemente firme como para mantenerse a flote ante cualquier cambio de rumbo. Este núcleo inamovible es lo que anhela un mundo cansado: una base que no se derrumbe cuando las encuestas o los algoritmos cambian.

">nunca me ha parecido particularmente tranquila, en gran parte debido a mis propias decisiones . Sin embargo, me incomoda cuando me preguntan: "¿Cómo logras hacer todo lo que haces?". No quiero que me vean como alguien ocupado o inaccesible, ni quiero mostrar mi cansancio públicamente. En cambio, cuando tengo los medios, me hago eco de las palabras de la Escritura: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). Aun así, anhelo una paz exterior, una que refleje la magnanimidad de María y Santa Teresita, una paz que no he creado yo mismo, sino que está arraigada en la entrega a Dios.

La eutimia espiritual es este verdadero testimonio del reinado

perdurable de Cristo. Cuando las personas se encuentran con un creyente que no se deja llevar por la autoimportancia ni se acobarda en la inseguridad, se encuentran con alguien cuyo corazón reposa sobre una Roca inamovible. Ven a un hombre o una mujer que no depende de la aprobación clamorosa de internet ni del clamor de la multitud. En cambio, ven un alma anclada en la soberanía de Dios.

Esto es lo que lleva a una **valentía magnánima** que evangeliza con el ejemplo. Sí, las palabras importan, y debemos decir la verdad con caridad. Pero las palabras fluyen de forma diferente en un alma en paz. En lugar de ser duras o hiper-defensivas, resuenan con claridad y amor, arraigadas en algo más profundo que las modas pasajeras. La gente percibe una autoridad en esta postura: la autoridad que proviene de vivir lo que se proclama.

Un 'Fiat' para nuestro tiempo

El *fiat* de María no es un artefacto de la historia. Es una invitación, un llamado a cada uno de nosotros a abrir de par en par las puertas de nuestras almas, a dejar que la sombra del Espíritu Santo nos impulse más allá de los estrechos confines de la autoprotección. El mundo no necesita más polémicas. Ni nosotros, como almas, necesitamos más autonomía. Necesita santos. Necesita hombres y mujeres de alma grande cuya sola presencia hable de un Reino inmutable, de un Amor inquebrantable.

Y entonces la pregunta se presenta ante cada uno de nosotros: **¿Nos encogemos o diremos *basta*?**

Dominic Tanzillo

[Traducción del [artículo original en Inglés](#), editado por catholicismcoffee.org]